

CAIFÁS

Mariano no era consciente de que se moría. Siempre le había pasado, no percibía la callada, lenta y acechante presencia de la muerte.

No se dio cuenta con su madre, ni con su padre, ni con su hermana pequeña, ni con ninguna persona cercana por muy enferma que estuviera. Solo se dio cuenta irremediabilmente con todos y cada uno de los gatos que tuvo en su vida.

Veía cómo poco a poco adelgazaban, perdían agilidad, se transformaban en pequeños muñecos de peluche deslucidos y se morían. Meses antes de que sucediera, Mariano se daba cuenta del inexorable y cercano final. Con todos y cada uno de ellos, sin excepción.

Salió con paso firme y resuelto del centro de salud. Le acababan de dar un montón de papeles para pruebas y estudios que confirmaran el diagnóstico que una ecografía había, como una guadaña afilada y siniestra, apuntado certeramente. Otro de los papeles era una cita con oncología para la semana siguiente.

Pero Mariano no era consciente de que se moría.

Tampoco lo fue cuando su hermana pequeña iba adelgazando y perdiendo fuerzas para, finalmente, no despertarse una mañana de hacía ya cinco años.

Su hermana era minúscula, podía levantarla con un solo brazo, medía solo un metro cuarenta y dos centímetros, calzaba un treinta y tres de pie y su pierna derecha era once centímetros más corta que la izquierda. No fue así siempre; jugando en el jardín cuando él tenía once años y ella ocho, la ayudó a subirse a la rama de un árbol para coger a un gato naranja que no podía bajar. Se llamaba Caifás, todos los gatos que tuvo a lo largo de su vida se llamaban igual, Caifás, pero ese gato naranja era su preferido, parecía cubierto de la costra crujiente de un asado. Su hermana perdió el equilibrio, se cayó y no puede recordar que pasó después. Operación tras operación, nada volvió a ser como antes, los once centímetros que le faltaron para siempre la incapacitaban para caminar derecha, y parecía siempre estar dispuesta a jugar al escondite pues su gesto al caminar era como si se asomara desde un lugar oculto, raramente en vertical.

“Cuidarás siempre a tu hermana, si no hubiera sido por ti esto no habría pasado”, sentenció su madre, y así fue hasta cinco años atrás.

Porque Mariano, a pesar del tratamiento de quimioterapia que de forma paliativa recibía su hermana, no fue consciente de que ella se moría. La cogía en brazos, pequeña, indefensa, y la llevaba al hospital de día una vez por semana. Luego, al regresar, la acomodaba en su sillón frente al ventanal y dormitaba todo el día con el decimonoveno Caifás en su regazo.

Toda su vida vivieron en la misma casa pequeña con jardín. Eso les permitió a lo largo de los años tener un gato tras otro que, recibiendo el mismo nombre que el anterior, heredaba mimos, cuidados y ternuras, aquellas que no fueron destinadas nunca a ninguna otra criatura que no fuera felina. Estos fueron los únicos destinados a ser amados por Mariano y a que este, que nunca fue consciente de que las personas que le rodeaban se morían, presintiera inexorablemente de ellos su final.

A la muerte de sus padres heredó una hermana coja que parecía jugar al cucú-tras a cada paso y el puesto de profesor de autoescuela que su padre desempeñó eficazmente durante treinta y nueve años. Y así fue como, sin ser consciente de que su padre se moría, aprendió, estudió y consiguió el título de profesor para sucederle en el oficio.

Así que él, que a los once años condenó a su hermana al ostracismo, ahora instruía a otros para que fueran capaces de conducir, ironía que le enganchaba el corazón, como un engranaje de la caja de cambios, a una casa con jardín y a una hermana diminuta que oscilaba como un péndulo al caminar.

Se había jubilado seis años atrás. Se compró unas zapatillas con dos tiras de velcro en lugar de cordones y paseó durante horas buscando terminar con una lordosis incipiente que parecía destinarle a caminar mirando al suelo, como si buscara algo con insistencia.

“Parecen de niño pequeño” le dijo su hermana.

Pero él no quería cordones, no le gustaban las cuerdas, hilos, cordones o sogas, le recordaban el bramante que usaba su madre para atar el pollo relleno y que dejaba la piel clara y suave de este como la de un bebé atado listo para el horno.

Le gustaba el sonido, del velcro “ris-ras” y la sensación de que podía salir corriendo sin el peligro

de tropezar y caerse.

“Te vas a pisar los cordones y te caerás ¡que eres muy torpe!” le decía su madre.

No le gustaban las cuerdas, porque le recordaban la película “*Camino de la horca*” con Kirk Douglas como protagonista, la preferida de su padre, vista, sin duelo, en su casa más de cien veces; violenta, una oda al miedo a la muerte que siempre te recuerda los errores del pasado, y él siempre pensó que un día, sin poderlo evitar, se ajusticiaría a sí mismo por lo torpe que era. Así que siempre huyó de las cuerdas y cordones, que llegado el caso podrían impedirle cuidar a su hermana, que era liviana y saltarina como si bajase siempre por las escaleras.

Y Mariano fue consciente de que el decimonoveno Caifás se moría, pero no de que su hermana se estaba marchando por el mismo sendero. Así que, cuando el gato murió en el regazo de su hermana, esta, que había estado dormitando toda la mañana, le pidió que lo enterrara bajo el olivo viejo del jardín que podía ver desde su sillón junto al ventanal. Le pidió que fuera en una caja pequeña de madera, le pidió que el carpintero que trabajaba frente al mercado le hiciera una, de color claro para meterlo dentro. Le pidió que le dijera que Caifás había muerto en su regazo. Y cuando ya no le pidió nada más, Mariano se puso las zapatillas de velcro, “ris-ras”, envolvió al gato en una toalla, y se marchó con él en brazos a la carpintería.

Allí explicó lo que quería. Con dos tablas, cuatro listones y un corte certero quedó guarecido el gato. Cuarenta y ocho clavos necesitó el carpintero para cerrar la cajita. Veinticuatro clavó, uno a uno, longitudinalmente en cada lado más largo y ninguno en la parte más ancha. Entonces se acercó a un cajón, sacó un misal, le quitó las bisagras metálicas y las colocó cerrando las partes anchas de la caja.

“Enséñale a tu hermana cómo ha quedado” le dijo el carpintero pasando el dedo por las bisagras antiguas.

Cuando llegó a casa, dejó el pequeño ataúd a su hermana, que descansaba mirando desde el ventanal y, nada más verlo, abrió mucho los ojos y suspiró acariciando los engranajes metálicos.

Una semana más tarde, sin que Mariano fuera consciente de que se moría, su hermana se murió sin

haber estado nunca en el regazo de nadie.

Mariano se quedó viviendo solo, cuidando al pequeño vigésimo Caifás que trepaba por las cortinas del comedor, y durmiendo a cada rato en el sillón vacío frente al ventanal donde ya no había ningún regazo en el que enroscarse.

Ahora el gato tenía cinco años y era también naranja y suave. Dormía cada noche a los pies de Mariano, que por no despertarlo remoloneaba en la cama hasta tarde, dado que no tenía ya ninguna hermana pequeña que rondase por la casa con el sonido martilleante de su cojera.

Volvió con brío del médico, hizo pedazos uno tras otro los papeles del diagnóstico y la cita con el oncólogo, echándolos en el cubo del reciclado de papel.

Caifás dormitaba en el porche y él, aprovechando eso, sacó sus cacharros de agua y de pienso, el saco grande que guardaba en el armario de la cocina y sus dos camitas de peluche al jardín. Cerró la puerta y todas las ventanas. Se sentó en el sillón desde donde podía ver el olivo; allí permaneció hasta que empezó a anochecer y antes de que se encendieran las luces de la calle se fue a dormir.

Allí tumbado se dio cuenta de que nunca más su hermana se levantaría de la cama para comprobar el gas, como cada noche, a pesar de que él le dijese que lo había cerrado. Siempre había sido así. Irremediablemente, a la media hora de acostarse, oía el renqueante paso de ella que, agarrándose a la pared, pretendía ser sigilosa y no despertarlo para no poner en evidencia la poca confianza que en su diligencia tenía, entraba en la cocina para comprobar la espita.

Le pareció que volvía a oírla en el pasillo de nuevo.

Sonrió a medias, porque Mariano, por primera vez en toda su vida, tuvo una certeza que jamás había tenido antes y sin ningún tipo de duda fue consciente de que se moría.

Paloma Gómez de Diego